

OASIS POETICO - II

Pedro Rivero: sonetista depurado.

Hace ya muchos años que el nombre de Pedro Rivero se hizo lugar en las filas del Parnaso venezolano. (1) Pero a pesar de su laboriosidad poética, que iba dejando esmaltados de composiciones las columnas de los diarios y las páginas de las revistas literarias de veinticinco años atrás, el poeta Rivero no había querido plasmar obra definitiva en forma de libro. Su caso es uno más, —como lo fué el de Luis Churión, de quien nos ocupamos hace poco tiempo en estas mismas páginas— (2), entre los del no pequeño número de poetas de anteriores promociones, quienes lejos de moverse por un afán pueril e inconsiderado de hacer gemir a las prensas cuanto antes, y lanzar a los cuatro vientos el volumen de sus versos, esperaban en la calma reposadora y depuradora de los años, hasta que la obra de auténtico arte se solidificase, y hasta que también la otra obra, menos genuina y menos aquilutada, desapareciese en un merecido purgatorio de olvido.

Y ciertos que pocos ejemplos habrá como el presente, en los que haya sido tan acertada y tan sabia esa calma y reflexión ante la cñagaza publicista que tienta al novel artista. Tal vez hoy se arrepentiría Pedro Rivero de haber dado entonces a las prensas, definitivamente, una obra no exenta de postura juvenil y un tanto espontánea, pero no menos falta de serena re-

(1) Nació Pedro Rivero en Porlamar, (Isla de Margarita), Estado Nueva Esparta, el 3 de enero de 1893. Ha pasado buena parte de su vida en el desempeño de diversos cargos diplomáticos. Con este motivo le ha tocado vivir en Inglaterra, Estados Unidos, Suiza etc. Hasta el año 1943, de regreso en Caracas, venía desempeñando el cargo de Director de la Biblioteca del Ministerio de Relaciones Exteriores. Fuera de su obra dispersa por diarios y revistas, ha publicado: "El Libertador", (ensayo). Tipog. La Nación, Caracas, 1941. Dentro del cuadro de la literatura venezolana se le coloca a Pedro Rivero en uno de los varios grupos de poetas de los llamados por algunos escritores "generación" (?) de 1915.

(2) Véase SIC, número 62, febrero de 1944, pp. 87—89.

flexión y de acrisolada prudencia. Por ahí quedó dispersa aquella su primera floración poética, de temario a veces tal vez hasta extravagante, y de formas rebuscadamente modernistas, al uso de hace unos veinte, o más, años. No es esto querer decir que todo lo suyo de entonces haya que olvidarlo como inservible e inartístico. Hemos visto, sin ir más lejos, coleccionado en una Antología, un lindo y perfecto soneto titulado "Pascuas azules". Pero en cambio ya nadie recuerda aquellos poemas como los que hacía el año 1928 llevaban el cuño de las últimas extravagancias métricas del modernismo. Rivero escribía por entonces sus "Ciudades: New York —Londres o París", composiciones en las que junto a un verso de diez o doce sílabas aparecía otro formado por la sola conjunción y; y en el Prólogo en verso que le puso a los "Poemas de la musa libre" del poeta Ismael Urdaneta, terminaba con la frase: "La Cruz del Sur", que aparecía compuesta tipográficamente en forma de cruz, y que era el último verso!

De aquella época de las entonces nuevas posturas y nuevas corrientes literarias, emergió, sin embargo, purificado y entero el poeta de innegable inspiración y de refinado gusto, a quien el contacto con tierras, con gentes y con literaturas de otras latitudes, —conocidas en sus andanzas de diplomático—, le fué sin duda en extremo beneficioso para la serenidad y el equilibrio de su futura obra literaria.

Y aquí tenemos ya esa obra hace algo más de un año, encerrada como en uno de esos pomitos de reducido volumen, pero en los que se guarda una esencia refinadísima y densa. "El Mar de las perlas" es el título de una primorosa colección de ochenta y nueve sonetos, primer libro de poesía que Pedro Rivero lanzara a las prensas al cumplir sus cincuenta años de edad. (3)

(3) Pedro Rivero, "El Mar de las perlas", Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos, N° 39 Editorial ELITE, Caracas, 1943, 122 pp. — Segunda edición especial: Caracas, 1943. (Idéntica a la primera, más un retrato del autor.)

Para los venezolanos ese título es ya un símbolo de incuestionable simpatía, y un motivo de cariñosa acogida. La isla de Margarita, su mar, sus perlas, sus pescadores, su historia, su heroísmo, sus costumbres... éstas y otras muchas ideas nos son a todos en extremo queridas y familiares, Rivero, al llegarse tras de muy prolongada ausencia a revivir años de infancia y a convivir de nuevo con la gente y las cosas de su terruño nativo, no sólo ha mostrado cariño y gratitud hacia su patria chica, sino además ha hecho labor de venezolanidad, dándonos a gustar a todos, —como en un artístico mosaico de sonetos acabadísimos— objetos, rasgos y pormenores típicos de aquel medio nuestro. Muchos de esos sonetos ponen de relieve ante nuestros ojos bellezas y atractivos patentes y al alcance de todas las miradas, pero que nadie se detenía a curiosar con cariño reposado. Faltaba la mano de nieve que como a la empolvada arpa becaueriana, supiese también arrancarle a tantos objetos las silenciosas bellezas que guardaban. ¿Cuántas veces no sucede que nos sorprende el turista extranjero que "kodak" en mano capta la belleza y gracia del paisaje de un rincón que de puro familiar nosotros desdenábamos o no apreciábamos?..!

Pedro Rivero nos lleva como por la mano, a pisar tierra margariteña; y una vez arribados a aquellas playas, irá haciendo surgir ante nuestros ojos, al conjuro de la varita mágica de sus bruñidos versos, todos los méritos y todos los encantos del terruño neoespartano.

Aunque el empleo sistemático y único del soneto, como forma de expresión, pudiese parecer un pie demasiado forzado, para realizar con éxito ese recorrido artístico, pronto el lector se convence de que el poeta ha logrado un triunfo si nó total, por lo menos sí de proporciones extraordinarias. No creemos que exista en la literatura venezolana ningún ejemplo semejante.

Cierto que no todos los sonetos, ni por el tema ni por la factura, alcanzan igual grado de interés ni de perfección. Pero una gran mayoría se lee con sumo agrado; y de entre esa mayoría hay varios que habrán de figurar siempre más entre las cosas decididamente buenas de la literatura venezolana. Para nosotros el mejor de los ochenta y nueve sonetos es el titulado "Balandro" (p.66) que vamos a transcribir íntegro. Dice así:

**"De tarde, cuando el sol en fuego suave
quema la orobia vespéral y expira,
al resplandor de la celeste pira
vengo a la playa a verte, linda nave.**

**Tu recato purísimo de ave
ignora aún la tormentosa ira.
Y el horizonte al parecer suspira
con el presentimiento de lo grave.**

**Un día, la bandera por corona,
te miraré, de blanco, henchir la lona,
con nostalgia de antiguo marinero.**

**Y al desposarte con el mar sin bruma,
su cola inmensa te dará la espuma.
Y su velo el azul, con un lucero".**

A éste sigue en belleza y perfección, el titulado "Rumbo" (p.57), el cual se abre en sus dos primeros versos con una expresión tan graciosa y original como ésta:

**"Leva el ancla profunda, oh marinero.
Y al ascender su cruz, signe la prora".**

Y luego hay que citar "Amanecer" (p.12), "Perla" (p.21), "Visión" (p.47).

De entre todos los sonetos, sin embargo, el que mejor conserva el ritmo del desarrollo de la idea, al estilo de los maestros clásicos, es el que lleva por nombre "Inri" (p. 55). Cada cuarteto y cada terceto encierra completa una idea, y las cuatro estrofas guardan perfecta trabazón y armonía de conjunto. Dentro del tropicalismo absoluto de todo el poemario, pone su nota típica por el tema y por la perfección con que está redactado el soneto "Cardón" (p.77).

Y con un sabor netamente clásico-conceptista, se nos ofrece el titulado "Arabesco" (p.81), que no desdeñarían de firmar los inmortales autores españoles del siglo XVII. He aquí su primer cuarteto:

**"La vida es corta por vivir soñando.
Y largo el sueño por soñar viviendo.
Sólo soñamos por vivir muriendo.
Vivimos sólo por morir amando".**

El poeta en un breve epílogo en prosa, que añade al final de su libro confiesa llanamente que quiso de intento escoger la forma métrica más exigente, cual es la del soneto; y reconoce además que en sus años juveniles había sido desdeñoso con la preceptiva. Admite asimismo lo difícil de la prueba a que se somete; sobre todo cuando voluntariamente se impone el suprimir

absolutamente el empleo de toda partícula **que**, por considerarla "causa prolija de la oración".

Cierto que muy excelsos sonetistas no han tenido reparo alguno en usar el **que**, y sus obras no han resultado en manera alguna lánguidas ni prolijas. Baste citar apenas el nombre de Lope de Vega, en comprobación de nuestro aserto.

¿Qué resultados generales, positivos, ha obtenido Rivero, en su legítimo afán de hacer sonetos síntesis, y de privarlos de los **ques**? En muchos casos, resultados excelentes. Véanse algunos de los sonetos ya antes citados, y no habrá duda de ello. Pero hay también que reconocer paladinamente que en no pocos otros casos, no se obtuvo tan halagüeños efectos. El contenido de algunos sonetos se nos ofrece tan sintetizado con tan estrujada concisión, que a veces podríanse titular sonetos-telegramas. Como ejemplo de esta casi amanerada consecuencia, sirva entre otros el soneto "**Heroína**" (p.40), y entre los varios grupos de versos de acá y de allá, este cuarteto con que comienza la soneto "**Gallo**"

**"El plumaje de sol. Sangre la cresta.
Oro la fina pata y oro el pico.
Porte marcial. La cola de abanico.
Y la espuela filuda espada anhiesta".**

La excesiva preocupación de síntesis, habrá sido también la causa de la oscuridad de sentido en algunos pasajes, y hasta en algún soneto entero. Oscura ha quedado la idea de ese mismo soneto "**Heroína**". Otro tanto ocurre con "**Lope**" (p.27), y con los tercetos de "**Conquistador**" (p.36), y con el primer cuarteto de "**Homero**" (p.42).

A veces también ocurren aglomeraciones prolijas de palabras, que lejos de formar

frases poéticas, parecen más bien enumeraciones gramaticales.

En el soneto "**Margariteño**" (p.25) se encuentra uno de estos típicos ejemplos.

Por último para no alargar más esta indicación menos grata de algunos lunares que a veces enturbian la tersa superficie de "**El mar de las perlas**", queremos sólo añadir que Rivero ha abusado un poco del **hiato** como licencia poética.

Pero frente a estos defectos, —que diríamos son casi inevitables en un sonetario como el presente,— es todavía mucha y muy excelente la obra de arte que nos queda para deleite de la mente y de la fantasía, no menos que del corazón. Los ochenta y nueve sonetos, aunque colocados con cierto orden ideado tal vez por el artista, no podían sin embargo constituir un todo cerrado y armónico. Más aún, hasta hay algún soneto que pudiera parecer de tema menos cónsono con el tema de los restantes. Pero con todo en el "**Mar de las perlas**" el lector percibe una unidad de pensamiento dominante, y una unidad de acertada selección de asuntos evocadores de una región gallarda y bravia, y una unidad de cariño y de entusiasmo en la manera de tratar cada uno de los temas, y por último una unidad de trabajo tesonero y de acierto de fino espíritu que todo lo que troquela lo convierte en arte viviente. Y como resultado de todas estas unidades que hacen del libro un poemario sereno y equilibrado, queda flotante, en el ánimo y en el gusto del lector, otra más importante y práctica impresión: la del aprecio y simpatía hacia la vida y hacia las cosas típicas, hermosas y buenas de una porción selecta del territorio patrio: la isla de Margarita.

Pedro P. Barnola